

Domingo 13 del Tiempo ordinario Ciclo A (Mt. 10, 37-42) - 28.06.2026

El evangelio nos mueve a preguntarnos por la imagen de Dios en la que creemos, así como por los innegociables de nuestra fe: aquello que es esencial para hacer presente el modo de amar de Jesús aquí y ahora.

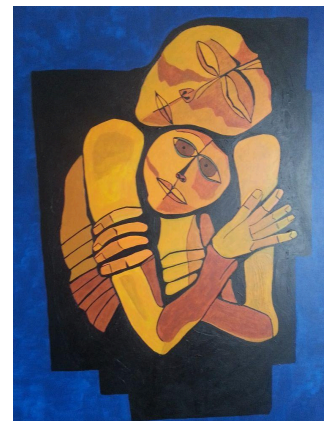
Cuando volvemos la mirada hacia Jesús, descubrimos que Dios es el Abbá que ama la vida y que nos la regala en abundancia como expresión de un amor primero y gratuito; un amor que no entra en competencia con nuestros otros amores ni está pendiente de medidas o cálculos. Quiere la vida plena de todos sus hijos e hijas. El mismo Jesús va descubriendo que ese deseo es la pasión que lo mueve por dentro: hacer posible un modo más humano de vivir para todas y todos, desde la proximidad que dignifica. Esa novedad de Dios en medio de su pueblo cansado y sufrido es lo innegociable, aquello por lo que vale la pena gastarse: el Reino.

Jesús no se puso en el centro de su predicación, ni buscó honores de rey, ni pretendió ocupar los primeros puestos. Todo lo contrario. Lo decisivo, el criterio que orienta su camino, es ese sueño de Dios de una mesa para todas y todos, sin primeros ni últimos. Toda su vida participa del dinamismo de la compasión que ve, se acerca, sana y se hace cargo de tantos caídos al borde del camino. Una compasión que, al mismo tiempo, desenmascara la hipocresía indiferente y los intereses que ponen en el centro el poder y el dinero, convirtiéndolos en dioses a los que se rinde culto.

Elegir hacer presente la ternura y la compasión de Dios en medio de tantas expresiones de fragilidad y dolor de su pueblo le traerá problemas a Jesús; lo volverá insoportable para quienes se aprovechan de los más pequeños.

Quizá la clave del evangelio de hoy esté en una frase que no leemos en la liturgia, pero que aparece un poco más arriba, en el versículo 34: «No he venido a traer la paz, sino la espada». Porque cuando lo decisivo es el amor que busca incansablemente hacer espacio para todas y todos en un mundo empeñado en descartar a quienes considera ineficientes, muy probablemente nos encontremos, como Jesús, con la cruz. El Dios de Jesús no se opone a nuestros vínculos de amor, de familia o de amistad. El Dios de Jesús se opone a todo aquello que impide una vida digna para sus hijas e hijos.

Podemos preguntarnos qué significa perder o ganar desde la perspectiva de ese proyecto de humanidad fraterna y cercana que Jesús anuncia y hace presente como don siempre ofrecido por el Padre. Y podemos ayudarnos comunitariamente a seguir abriendo espacio a toda esa vida junto a aquellos que comparten este sueño.



Carina Furlotti